

paternidad (1)?» Tenemos necesidad de la conmiseración de un Dios Redentor que tiene el derecho de decirnos: «Pueblo mio: ¿qué he podido yo hacer que no haya hecho para salvaros» (2)? Necesitamos la conmiseración de un Dios Espíritu Santo, que estará en su derecho al decirnos: «¿Qué habéis hecho de mis dones, que os han sido prodigados desde el baño de la regeneración operante por el Espíritu de Dios» (3)?

Pero la augusta María no tiene más que presentarse, para interceder en nuestro favor. Ella reunè en sí los títulos y los derechos más sagrados que hay en el cielo y en la tierra: HIJA, MADRE y ESPOSA: manda cuando suplica, porque ruega en nombre de las más poderosas afecciones que Dios ha podido sacar de los tesoros de su amor.

No tenemos, pues, que hacer otra cosa que suplicarla que no nos rehuse su poderosa intercesión ahora y en la hora de nuestra muerte: *Nunc et in hora mortis nostræ.* Amen.

(1) Si ergo Pater ego sum, ubi est honor meus? (*Malach.*, I, 6.)

(2) Quid est quod debui ultra facere vineæ meæ. (*Is.*, V, 4.)

(3) Lavacrum regenerationis et renovationis Spiritus Sancti. (*Tim.*, III, 5.)

SERMÓN

SOBRE EL AMOR DE DIOS.

PARA EL DOMINGO DECIMOSÉTIMO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.

Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, ex tota anima tua, ex toto mente tua. Hoc est maximum et primum mandatum secundum autem simile est huic; diliges proximum tuum sicut teipsum. (San Mateo, XXII, 37, 38, 39.)

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu espíritu. Este es el primero y el más grande de todos los mandamientos: el segundo es semejante al primero: «Ama á tu prójimo como á ti mismo.»

Semejante al niño que acaba de nacer, cuyos padecimientos físicos sólo adivina el corazón de su madre, y se apresura á poner remedio á ellos, el hombre siente sus instintos y sus necesidades morales, pero no las comprende, no puedè explicárselas, y no conoce tampoco los medios de hacerlas cesar (1). Sólo Dios puede revelar el hombre al hombre mismo, y enseñarle las verdaderas exigencias de su naturaleza, las verdaderas condiciones de su sér, y la verdadera manera de arreglarse á ellas.

Así, criado por Dios y para Dios, el hombre no puede encontrar el reposo en su corazón más que en el amor de

(1) Quasimodo geniti infantes. (*I., Petr.*, II, 2.)

Dios. ¡Vos nos habéis criado para Vos, decía á Dios San Agustín, y nuestro corazón está agitado hasta que repose en Vos! El amor de Dios no es un peso para el corazón del hombre, sino un alivio; no es un yugo, sino una emancipación; es la satisfacción de todos los deseos de su alma, es la perfección de su naturaleza, es el ennoblecimiento de su sér, es el colmo de su felicidad.

Mas si Dios por sí mismo no hubiese enseñado al hombre, esa necesidad que tenemos de amar á Dios, el hombre jamás se habría apercebido de ella, jamás hubiera creído posible, siendo un sér finito é imperfecto, amar al Sér perfecto é infinito. Y la prueba de ello es que cuantas veces la razón filosófica ha querido dirigirse por sí sola al conocimiento de las relaciones entre Dios y el hombre, jamás ha pensado ni dicho nada, acerca del amor del hombre hácia Dios, y sólo Dios ha sido el que en la ley antigua y en la nueva ha revelado al hombre, no tan sólo la posibilidad, sino también la necesidad de amar á su Dios; y para inducirle á ello, no sólo ha permitido al hombre el amarle, sino que hasta le ha compelido, y ha hecho de ese amor el fundamento de su código divino, el más grande de sus mandamientos, la primera de sus leyes: *Maximum et primum mandatum*; diciendo al hombre, con ese tono de bondad, de poder, de majestad y de imperio que no pertenecen más que á Él: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu espíritu, con todo tu corazón y con toda tu alma.» *Diliges*, etc.

Llamado á deciros aquí algunas palabras de edificación, me parece que no puedo hacer nada mejor, contrayéndome al Evangelio del día, que el hablaros de ese grande mandamiento de Dios, poniendo en relieve ante vuestros ojos la necesidad, la eficacia y la importancia de él, ya para la regeneración del hombre, ya para la restauración de la sociedad. Ese será el asunto de mi discurso: pero sólo por medio de la luz de Dios puede cono-

cerse el poder, las riquezas y las dulzuras del amor de Dios para con el hombre, y de éste para con Dios. Imploremos, pues, esa luz por la intercesión de María, Madre de la santa esperanza del perfecto amor, *Ave María*.

PRIMERA PARTE.

REGENERACIÓN DEL HOMBRE POR EL AMOR DE DIOS.

Nos dicen los libros santos que apenas nuestro primer padre hubo cometido el pecado, Dios fué á buscarle y le llamó con estas dulces palabras: «*Adam; ubi es?* Adán, Adán, ¿en dónde estás?» No era la voz del amo que llama á su presencia al siervo rebelde para castigarle; era, dice Orígenes, la voz del Padre que buscaba á su hijo extraviado para salvarle (1). Era, añade San Juan Crisóstomo, el cariñoso anhelo de una madre que, viendo desde lejos caer á su hijo, vuela á su lado para levantarle (2). En efecto, Dios no reprendió á Adán prevaricador; no le dijo, ¡malvado! ¡impío! ¿qué has hecho?... Le llamó sencillamente por su nombre para inspirarle confianza, para atraerle á la sinceridad del arrepentimiento, á la humildad de la confesión, y hacerle vislumbrar el perdón ya cercano: *Fiduciæ occasionem probens ut per peccati confessionem peccatum ablueret*. (Orígenes).

Sin embargo, Adán, ruborizándose de su falta y aterrizado al oír el sonido de aquella voz del amor de su Dios, corrió á ocultarse con su compañera entre los árboles del Paraíso para sustraerse á la presencia Divina (3).

(1) Quis Pater tanta cura perditum quærit filium? (Orígenes.)

(2) Ad collapsum descendit; jacentem sublevavit. (San Juan Crisóstomo.)

(3) Cum audisset Adam vocem Domini Dei sui abscondit se et uxor ejus in medio ligni. (Génes., III, 8.)

Mas, no creáis, dice el grande Orígenes, que por un impulso de obcecación; ó de delirio Adán fué á buscar entre los árboles un asilo y una protección contra el enojo de Dios; obró de aquel modo por un instinto profético que le hizo presentir el grande misterio de que el hombre pecador no podría encontrar asilo ni refugio seguro contra la justicia de Dios mas que junto al árbol de la Cruz (1).

Y aunque entonces Adán no tuvo más que una idea muy confusa de aquel misterio, no por eso dejó de temblar al oír el sonido de la voz de Dios (2).

Esta narración, históricamente verdadera, es al mismo tiempo misteriosamente profética. En la historia del padre está trazada de antemano la historia de los hijos: herederos del pecado de Adán, lo serán de su miedo. No se recordarán ya del nombre de Dios sin temblar; y el temor de Dios, particularmente después del diluvio, llegará á ser el sentimiento más común de la humanidad.

No es porque la esperanza hubiese abandonado completamente á la tierra. La tradición, por la promesa del Redentor, había esparcido y perpetuado en el mundo la esperanza de la reconciliación futura del hombre con la Divinidad. Mas porque el Redentor prometido desde hacía tantos siglos no venía todavía, la humanidad, dice San Bernardo, había comenzado á no creer ya en Él, á desesperar de su perdón, y á temblar más que nunca bajo el peso abrumador del dogma tradicional de su proscripción original (3).

La religión del mundo no era, pues, salvo algunas excepciones, más que la religión del miedo. Todas las

(1) Significans jam tunc nullum aliud peccatoribus perfugium conquirendum nisi in arbore Crucis. (Orígenes.)

(2) Audivi vocem tuam et timui. (Ibid., 10.)

(3) Promittebatur sed non sentiebatur, et á multis jam non credebatur. (San Bernardo.)

ceremonias del culto no presentaban al espíritu más que la idea de un Dios irritado, y no alimentaban más que el temor en los corazones. El júbilo estaba desterrado de todas las ceremonias religiosas. Un sacerdocio terrible no hablaba jamás de la Divinidad á los pueblos, más que para invitarlos á aplacarla con sacrificios de sangre, con hecatombes de víctimas humanas.

Entre los judíos mismos en quienes la ley de los sacrificios y los profetas mantenían, con la ley de Moisés, un germen de confianza y de amor, la esperanza no surgía sino con dificultad de aquel misterio de perdón, divisado desde lejos por los antiguos justos, según San Pablo, y saludado con tristeza en las densas tinieblas del porvenir: *A longè adspicientes et salutantes* (1). La confianza era en ellos tan sombría como la duda, tan tímida como el miedo, y el espíritu de religión no era más que el temor y la servidumbre (2).

¡Cuán horribles y lamentables eran los efectos de ese temor de Dios que dominaba entonces á casi toda la humanidad! No era ese temor de Dios, principio de la sabiduría que abre el corazón á la gracia, y que facilita las conquistas de la caridad (3). No era ese temor de Dios uno de los dones del Espíritu Santo: *Spiritus timoris Domini*, que tiene su principio en el amor inicial de Dios, y que constituye la felicidad del corazón en que domina: *Beati omnes qui timent Dominum!* No era ese temor de Dios, que es como el pudor del alma, que es semejante al amor respetuoso de un hijo, al amor tímido de la nueva esposa, que no excluye la confianza, sino que la sostiene, la ennoblece y la perfecciona.

Era, por el contrario, el temor diabólico, sin más que el odio secreto á Dios por principio, y que no podía tener

(1) (Hebr., xi, 13.)

(2) Spiritus servitutis in timore. (Rom., viii, 15.)

(3) Initium sapientiæ timor Domini.

por resultado más que el alejamiento de Dios y el embrutecimiento del hombre. Porque, según la observación de San Pablo, tal fué la causa de esa especie de furor con que los hombres, en su desesperación, se entregaron á los goces materiales y á todas las infamias de la impureza (1).

Mas no es eso todo: criado por Dios y para Dios, el hombre no puede pasarse sin Dios, y al esforzarse en borrar de su imaginación su idea, á causa del temor que Dios le inspira, quisiera pensar siempre en Dios y estar siempre en su compañía, por la inmensa necesidad que tiene de Él.

¿Queréis saber de qué manera resolverá el hombre el grande problema de los dos sentimientos contradictorios que experimenta en sí mismo con relación á Dios, el del miedo que tiene á Dios, y el del deseo natural que le atrae incesantemente hácia Dios? «El hombre, dice San Pablo, recurrió á dioses de su creación, á dioses incapaces de causarle pavor, ni de reprenderle nada, capaces, por el contrario, de justificar sus vicios y de fomentar sus pasiones; y esa es una de las causas más poderosas de la idolatría, de ese horrible y sacrílego desaliento del espíritu, por el cual el hombre prostituye á las criaturas el culto que debía á la incorruptible Divinidad, lo transformó todo en dios, no sólo al hombre, sino también á los brutos, no sólo á los placeres, sino también á los crímenes, y entonces todo fué dios, menos el Dios verdadero (2).»

Esos horribles efectos del temor servil de Dios entre los pueblos idólatras, se renuevan todos los días á nues-

(1) Desperantes semetipsos tradiderunt impudicitiae, in operationem immunditiae omnis. (*Ephes.*, iv, 19.)

(2) Et mutaverunt gloriam incorruptibilis Dei in similitudinem imaginis corruptibilis hominis et volucrum, et quadrupedum, et serpentium. (*Rom.*, i, 23.)

tra vista, en el seno mismo del cristianismo. Sí, en esos hombres cuya vida desordenada os escandaliza, cuya incredulidad llevada hasta el cinismo os asusta, el espantoso derrumbamiento de su inteligencia y de su corazón, no es debido más que á los efectos del temor servil de Dios. Educados en otro tiempo en el regazo de la Iglesia; y habiéndose desarrollado en una atmósfera cristiana, la fe se encuentra en el fondo de su corazón; pero es la fe sin amor, la fe de los demonios, de la que Santiago dijo: «Los demonios creen y creen hasta temblar de terror (1). Con el amor de Dios han perdido también toda confianza. Esos hombres en la apariencia alegres, de maneras desembarazadas y jovial semblante, que afectan en lo exterior un espíritu tranquilo, un alma apacible y un corazón contento, tiemblan al oír el nombre de Dios, desesperan de poder corregirse, se corrompen cada vez más, desesperan de poder servir á Dios, y le ofenden; desesperando de amarle, le aborrecen; desesperando de poseerle, le niegan. Desde entonces procuran formarse falsos dioses en reemplazo del Dios verdadero. Se engolfan en todos los vicios: hacen dioses á todos los objetos de sus instintos y de sus pasiones: se hacen dioses á sí mismos: se prosternan delante de todo, lo adoran todo, y dan pruebas de abnegación para todo menos para el verdadero Dios; son unos idólatras completos, porque el Dios del hombre es todo lo que obtiene la preferencia en el corazón del hombre (2). El más idólatra no es el que dobla la rodilla ante la estatua de Venus ó de Brahma, sino el que se prostituye á las pasiones. La avaricia, por ejemplo, ¿qué es si no el culto y la idolatría del oro (3)? La idolatría no consiste tanto en las postraciones exte-

(1) Demones credunt et contremiscunt. (*Santiago*, ii, 19.)

(2) Quidquid... in dilectionis lance præponderat Deus est..

(3) Avaritia quæ est simulacrorum servitus. (*Coloss.*, iii, 5.)

riores como en la adoración interior de los objetos de nuestros criminales afectos.

Así el temor á Dios impulsó al hombre á todos los excesos, haciéndole pasar por todos los errores, y le había depravado en todas las potencias de su espíritu y en todos los sentimientos de su corazón. Le había corrompido hasta en las fibras más profundas de su naturaleza: le había convertido en un demonio por el orgullo, en un bruto por la impureza, y en un insensato por la superstición.

¿Había medio de que el hombre caído en semejante abismo pudiera levantarse? ¿Había medio de hacer variar las costumbres y los hábitos que cuarenta siglos convirtieran en una segunda naturaleza?

Esa restauración no podía hacerse sino por medios contrarios á los que habían causado en él tan espantosos desastrosos, tan lamentables ruinas.

Pero ¿era fácil hacer pasar al hombre de ese estado de terror y de espanto, causa de su degradación al amor de Dios, á que estaba unida la reforma de su corazón, la restauración de su dignidad? ¡Ay! ¿qué hablo yo de restauración y de reforma?... Se trataba en cierto modo de criarle de nuevo: *Sed nova creatura.* (Galat., vi, 15.)

No era, pues, bastante, dice Tertuliano, que Dios viniese hasta el hombre, pues que el hombre no podía por movimiento propio ir hasta Dios. Hé aquí lo que era necesario: Dios debía venir al hombre, en calidad de hombre, como igual al hombre, para inspirarle el valor de acercarse á Dios y de tratar con Dios, bajo el pié de una perfecta igualdad (1).

San Pablo, mejor todavía que Tertuliano, había dicho: «Para detener al hombre en su fuga, para apartarle de su alejamiento, para domarle en su soledad salvaje, para

(1) Ut homo ex æquo agere ad Deum posset. (Tertuliano.)

reponerle de su abatimiento, para calmar sus aprensiones y sus terrores, para subyugar en él en algún modo su corazón, y hacer que renaciesen en él la confianza y el amor, necesario que Dios, al venir al hombre, le ocultase los esplendores de su majestad, los motivos de su cólera, las amenazas de su justicia, bajo el velo de la humanidad, de la clemencia, de la misericordia y de la dulzura; que apareciese revestido de las exterioridades de una amabilidad infinita. Era necesario que el Dios salvador del hombre, divino en todo, y bajo todos conceptos muy semejante al hombre, se hiciese su amigo, su compañero, su hermano; descendiese con él á demostraciones de familiaridad, de confianza y de ternura, ordinarias en las personas iguales entre sí por naturaleza y por condición: era necesario, en una palabra, que revelase, bajo los rasgos de la humanidad, al Dios de las misericordias infinitas (1).

Sí, el amable Salvador no vino solamente como un Dios dispensador de gracias y de bendiciones, á la par que caritativo, sino que vino á la tierra y pasó en ella por la gracia misma, por la benignidad y la caridad misma personificadas en Él, representadas y hechas sensibles en Él con toda la fuerza de sus encantos, con toda la dulzura de sus atractivos (2).

«No os asombréis, dice San Pedro Crisólogo, de esa economía del misterio de la Encarnación, de esa magnificencia de misericordia, y aún diré casi de esa prodigalidad, de ese lujo de bondad.» Así es cómo ha debido aparecer el Dios que venía, no para ser temido, sino para ser amado: el Dios que venía á desarraigar de nuestras almas el miedo para hacer reinar en ellas la caridad (3).

(1) Debit per omnia fratribus similari, ut misericors fieret. (Hebr., ii.)

(2) Benignitas et humanitas apparuit Salvatoris nostri Dei. (Tim., iii, 4.)

(3) Et qualiter nasci debuit qui amari voluit, non timeri; qui venit timorem pellere. (San Pedro Crisólogo.)

Pero todo eso no bastaba todavía: al mismo tiempo que inspiraba el amor de Dios por los atractivos exteriores de su persona, debía inclinarnos también á Él por el encanto y la autoridad de su palabra; y eso fué lo que cumplía haciendo del amor de Dios el primer artículo de su Código, el más grande de sus mandamientos, el fundamento de todas sus leyes: *Hoc est maximum et primum mandatum.*

La filosofía había dicho á los hombres: «Respetad á Dios, porque es una naturaleza perfecta.» El paganismo había dicho: «Temblad delante de Dios, porque es un Señor indignado y severo.» Estaba reservado al Evangelio el decir á los hombres: «Amad á Dios, porque es para todos vosotros el único y el verdadero Padre: *Diliges Dominum Deum tuum... Unus est Pater vester qui in caelis est.*»

La filosofía no había sabido imaginar más que el culto del respeto, ni el paganismo más que el culto del temor: el Evangelio debía inaugurar el culto de Dios por el amor.

Sin esa grande palabra proferida por la boca de Jesucristo, el hombre jamás se hubiera apercibido de que Dios se complaciera, y, lo que es más, que solicitase nuestro amor: jamás hubiera comprendido que Dios permitiera se le amase. Para desterrar esas preocupaciones y desvanecer esas apreciaciones, Jesucristo nos asegura hoy que Dios, no sólo se complace en nuestro amor, sino que le exige; que no sólo nos le permite, sino que nos le ordena; que no sólo nos hace la invitación de él, sino que nos le impone como una ley; que no sólo nos la manifiesta como un deseo, sino que nos dirige un mandato.

Ese es el Evangelio, esa es la buena nueva anunciada al mundo por los Apóstoles, esa es la exposición de ese grande misterio de la misericordia y de la bondad divinas que cautiva al hombre, le doma y le conduce á Dios.

San Juan, que llegó á ser el teólogo, el evangelista de la caridad, porque tuvo la dicha de reposar sobre el corazón de Jesucristo, foco de amor infinito, de sentir tan dulces palpitaciones y de penetrar sus secretos, San Juan nos ha conservado un ensayo de esa predicación de los Apóstoles, tan suave como fuerte, tan atractiva como sublime.

«Os predicamos, decían á los hombres los enviados de Jesucristo, os predicamos el Verbo eterno que se ha hecho hombre, que ha muerto por el hombre para darle la vida, y al que nosotros mismos hemos escuchado con nuestros oídos, visto con nuestros ojos y tocado con nuestras manos (1).

»Hermanos, os decimos estas cosas tan suaves y tan tiernas é interesantes, para que cobréis ánimo y vengáis á reuniros con nosotros, para que todos juntos vayamos á los piés del Verbo divino y formemos una sola y misma sociedad, una sola y misma familia, regida por el mismo Padre, que es Dios, por el mismo hermano, que es su Hijo, y para que al temor de Dios, sentimiento sombrío y funesto, reemplace en nuestros corazones el santo júbilo, la alegría perfecta, hija del divino amor (2).

»En otro tiempo no nos atrevíamos ni nos resolvíamos á aproximarnos á Dios, porque temíamos que nos rechazase y castigase. Mas ahora, desde el momento en que ese Dios nos ha enviado su propio Hijo, que fué víctima expiatoria de nuestros pecados; ahora que Dios ha dado los primeros pasos hácia nosotros y que ha sido el primero en amarnos, no podemos ya rehusarle nuestro amor» (3).

(1) Quod vidimus, quod audivimus, quod manus nostræ contrectaverunt de verbo vitæ, hoc annuntiamus vobis. (I. *San Juan*, i, 1.)

(2) Et hoc annuntiamus vobis, ut et vos societatem habeatis nobiscum, cum Deo et vero Filio Jesu Christo, et gaudium vestrum sit plenum. (*Ibidem*, 3.)

(3) Non quasi nos dilexerimus Deum, sed quoniam ipse prior dilexit nos; et misit Filium suum propitiationem pro peccatis nostris. (*Ibidem*, iv, 10.)